

# Algunos elementos de la teoría y la práctica monetaristas en América Latina

SALOMON KALMANOVITZ\*

Es indudable que el monetarismo, como política económica, se ha impuesto en la mayor parte del mundo capitalista. En consecuencia, y como es lógico, el keynesianismo, en todas sus variantes, ha perdido mucha de la influencia que desplegaba antes en la orientación de las políticas económicas de los distintos estados burgueses. Ahora quizá podamos interpretar al keynesianismo en los países avanzados como expresión ideológica de una ambigua alianza entre sindicatos y grandes capitales, alianza que fue viable en tanto que el producto y la productividad del trabajo aumentaban y, por tanto, podía aumentar también el nivel de los salarios individuales y sociales (referidos estos últimos al gasto público en bienestar social). La crisis demuestra, por otra parte, que el keynesianismo no podía cumplir con sus promesas de manipular al sistema capitalista para evitar las crisis económicas, y que tan solo podía profundizar ciertas tendencias de la economía. Cuando era necesario contrarrestar estas tendencias era impreciso en sus alcances. Lo que ciertamente no podía hacer era evitar caídas de la producción y el empleo sin que al mismo tiempo generara crecientes desequilibrios inflacionarios. De hecho, las políticas de pleno empleo promovidas por esta corriente contribuyeron a darle forma a la crisis actual de varias maneras que pueden sintetizarse así:

a] Los trabajadores se indisciplinaron en condiciones de pleno empleo, los salarios aumentaron más que la productividad del trabajo, los mismos aumentos de la productividad fueron resistidos por los sindicatos y, por tanto, las ganancias fueron estranguladas.

b] El capital sobrante y menos productivo no fue destruido en suficientes cantidades durante los períodos recesivos gracias a los subsidios públicos o a la manipulación de la demanda; de esa manera, el capital "ineficiente" aumentó su proporción en el total y la rentabilidad general del capital disminuyó (Mandel).

\* Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá. Pude escribir este ensayo en el Institute of Development Studies de la Universidad de Sussex durante una visita de un año. Agradezco a Carlos Fortín, Héctor Gambarotta y Roberto Pizarro sus anotaciones y comentarios a versiones preliminares y más extensas del presente ensayo, aunque soy yo el único responsable de los juicios emitidos.

c] El gasto público tendió a ser mayor que los ingresos tributarios, al tiempo que la burguesía y las clases medias rechazaron el gasto público redistributivo, lo que hizo que aumentaran tanto el déficit fiscal como sus implicaciones inflacionarias (Altvater). A toda esta serie de elementos de desequilibrio puede añadirse la creciente integración de las economías capitalistas avanzadas en el mercado mundial, que hizo cada vez más difícil poner en práctica políticas de pleno empleo, las que a su vez podían generar nuevos desequilibrios en las balanzas de pagos de los diferentes países.

La nueva crisis general del capitalismo está caracterizada, entonces, por una tasa de ganancias decreciente, la reducción de las inversiones y el paro extendido de la producción y el empleo, todo lo cual se combina con niveles ascendentes de precios. La incapacidad del keynesianismo para afrontar la nueva situación pone al descubierto una crisis de la teoría económica "moderna" y a la vez brinda la oportunidad para que la teoría "crítica" del keynesianismo, el monetarismo, aparezca como relevo al sugerir nuevos remedios para este peculiar tipo de crisis económica.<sup>1</sup>

No es arriesgado afirmar que la teoría y las políticas monetaristas, al sugerir remedios radicalmente reaccionarios para afrontar el malestar burgués, interpretan mejor en este momento las necesidades de la burguesía internacional y de muchas burguesías nacionales que el keynesianismo: inducir abiertamente el desempleo, en la medida necesaria, para "darles una lección" a los sindicatos y disciplinarlos con reducciones salariales; destruir el capital "ineficiente" por medio del libre-cambio internacional y altas tasas de interés, y reducir los impuestos sobre las ganancias y los altos ingresos, aumentar los impuestos que pagan los asalariados y cortar drásticamente el gasto público, especialmente con el

1. Aquí resalta una vez más el carácter político que reviste a las teorías económicas. A pesar de todas las críticas "devastadoras" de la teoría neo-ricardiana a los postulados básicos de la teoría neoclásica, esta última resulta vencedora; no importa que en el debate haya quedado demostrado su naturaleza incoherente, ilógica, etc., ya que la burguesía utiliza, promueve y difunde la teoría que le sirve para justificar las políticas que más la benefician. Es por eso que Friedman recibe el premio Nobel y obtiene series televisadas en todos los países capitalistas avanzados. Lo mismo, obviamente, no sucede con Piero Sraffa.

fin de reducir el salario social. Todas éstas son medidas que deben conducir a elevar la rentabilidad del capital en el largo plazo. En el corto, algunas fracciones del capital deben afrontar pérdidas elevadas, deben reestructurarse en tamaño y tecnología, los trabajadores deben aceptar bajas salariales cuantiosas, para que las presiones inflacionarias sean atemperadas y, más adelante, quizás, entrar en una nueva etapa de acumulación positiva, aunque siempre delimitada por un lento crecimiento de la oferta de medios de pago, cuyo desequilibrio, según Friedman, es la causa última de la inflación.

Como su contraparte keynesiana en los países capitalistas avanzados, el pensamiento de la CEPAL en América Latina fue hasta cierto punto expresión de la colaboración de clases entre trabajadores, campesinos y el capital nacional, en contra de los terratenientes y la reacción internacional (la CEPAL aceptó como positivo el papel que debía desempeñar el capital internacional en el "desarrollo"). Es cierto, sin embargo, que los logros democráticos en el continente al sur del Río Grande son muy poco evidentes en comparación con los de la social-democracia europea o aun del liberalismo estadounidense. En todo caso, las políticas de "sustitución de importaciones" y de "planeación" han sido sustituidas en forma aún más radical, en América Latina, que las políticas de corte keynesiano en los países capitalistas avanzados. Hoy en día, en la mayor parte de los países latinoamericanos las consignas monetarias del "libre mercado", sustitución de exportaciones, presupuestos balanceados, control de los medios de pago y plena restauración de las fuerzas de mercado se imponen por doquier. La mayor parte de los precios de los "factores de producción" ha sido liberada, con la excepción de tres, por cierto muy importantes: los salarios deben caer por debajo del nivel fijado por las fuerzas culturales y del mercado, las tasas de interés se mantienen por encima del nivel que alcanzarían bajo el libre juego de la oferta y demanda de fondos prestables (los gobiernos han empezado a demandar fondos en este mercado) y las tasas de cambio se establecen originalmente en tal proporción que el capital exportador se vuelve el más rentable de toda la economía. A pesar de toda la retórica ultra-liberal de los monetaristas sobre el dogma de la no-intervención estatal en la economía, el Estado, asumiendo formas dictatoriales de ejercicio del poder, interviene socialmente con extrema violencia para mantener estos tres precios (Rímez).

La no muy sorprendente aceptación del monetarismo en América Latina y en particular en los países del Cono Sur tiene que ver con un complejo conjunto de factores, sobre todo de índole política, que muy esquemáticamente puede reducirse a los siguientes:

a] El agotamiento o la lentitud de la acumulación de capital en condiciones de alza de movimientos democráticos y de protección arancelaria, que no fue suficiente para restaurar los niveles de rentabilidad de las burguesías que operan locamente.

b] La hiperinflación que generó la crisis de la acumulación de capital, combinada con la resistencia de los trabajadores que lucharon para no pagar por la crisis del capital e incluso, en el caso de Chile, prometieron socialismo.

c] El patrón de industrialización protegida condujo a

altos costos de producción comparados con la media internacional, dispersión de empresas, atraso tecnológico y dificultad para alcanzar escalas de producción (Prieto).

d] Más crítico aún, tal tipo de industrialización condujo a un creciente déficit externo que aparecía como traba objetiva a la acumulación y que en una situación internacional cambiante, con una nueva división del trabajo que permitía la expansión de las exportaciones manufactureras de los países semi-industrializados hacia los países imperialistas, contribuyó a convencer a importantes fracciones del capital latinoamericano a cambiar de curso en sus políticas económicas. El ejemplo más deslumbrante en América Latina fue el de Brasil, que abrió su economía al capital internacional y, al mismo tiempo, hizo que la actividad exportadora fuera extraordinariamente rentable, con resultados espectaculares en su tasa de acumulación.

Es de aclarar que tanto México como Brasil mantuvieron altas tasas de acumulación en condiciones de protección y que las burguesías de ambos países pudieron explotar a su favor la nueva división internacional del trabajo sin sacrificar la protección, aunque sí sacrificaron, especialmente en Brasil, el nivel de ingresos de sus trabajadores. Es por ello que no se puede decir que Brasil está más cerca de una política monetarista que de una cepalina,<sup>2</sup> ya que si bien mantiene altas barreras arancelarias y una fuerte intervención estatal en la producción, está muy lejos de seguir una orientación estructuralista en términos de mercado de capitales, indización, etc. (Tavares).

## II

Como en todas partes, el monetarismo en América Latina dice que la economía tenderá hacia un punto de equilibrio de pleno empleo tan sólo si se la deja bajo el influjo de las fuerzas libres del mercado mundial y del capital internacional.<sup>3</sup> Cuando los gobiernos intervienen en la economía, como lo han hecho crecientemente desde la Gran Depresión de los años treinta, por medio de restricciones al comercio internacional, el capital extranjero y el mercado de capitales, tal curso de acción conduce a una ineficiente asignación de recursos. Peor aún, la acumulación, que requiere un nivel creciente de importaciones, se agotará tarde o temprano porque tales políticas introducen un sesgo permanente en contra de la actividad exportadora.

2. Aníbal Pinto, en su defensa de las posiciones de la CEPAL frente al avance monetarista de Chicago, plantea el caso de Brasil como ejemplo de proteccionismo y al mismo tiempo de promoción exitosa de exportaciones. Sin embargo, la vía brasileña se acerca más a la reacción monetarista (cfr. las posiciones de Oliveira Campos durante los años sesenta contra el estructuralismo), en términos de tasas positivas y altas de interés, represión salarial, eliminación de subsidios sociales, no hacer reforma agraria, economía abierta para el capital internacional, empresas estatales muy rentables, etc., que a la política económica sugerida por la CEPAL (Tavares, Pinto y Oliveira Campos).

3. Tomaré a Ronald McKinnon (Stanford) como el exponente más coherente de una teoría del desarrollo monetarista y lo contrastaré ocasionalmente con Friedman (Chicago). La tendencia de Stanford mantiene buenos vínculos con Chicago, aunque quizás es más pragmática, menos "radical". Stanford, que tiene como origen a Shaw, ha tenido una influencia muy importante en la ejecución de políticas del Banco Mundial, Corea del Sur, Taiwán y en general en América Latina y, como se ha dicho, tiene diferencias importantes con Chicago.

De allí en adelante, la actividad estatal es culpada de todas las enfermedades que asuelan la economía subdesarrollada. En primer término, como lo inventan rápidamente Shaw y McKinnon, se da una gran fragmentación económica, "en el sentido en que firmas y hogares están tan aislados los unos de los otros que confrontan precios efectivos diferentes por la tierra, el trabajo, el capital y las mercancías terminadas y no tienen, además, acceso a la misma tecnología" (McKinnon).

Para esta rígida vertiente teórica no existe posibilidad alguna de concebir la existencia de modos de producción precapitalistas que operan bajo leyes muy distintas a las de las economías de mercado, y que por su misma naturaleza tienden hacia la "fragmentación". De hecho, sin embargo, los terratenientes que subyugan arrendatarios campesinos por medios extra-económicos (que nada tienen que ver con el mercado) en haciendas con sus propias ley y orden, tenderán a fragmentar la economía en feudos, con muy poca movilidad de hombres (el factor "trabajo") y tierras, situación que todavía existía en muchas regiones de América Latina ya bien entrado el presente siglo. Lo cierto es que la acumulación de capital, las luchas campesinas y democráticas, las luchas dentro del Estado, conducirán a integrar una economía nacional, contribuyendo a disolver estos modos de producción, liberando a los campesinos (ciertamente en exceso, como lo demostrará la sobrepoblación urbana) y creando un mercado nacional de tierras. Las economías campesinas también exhibirían trabas a la libre movilidad de los "factores".

En la perversa versión de McKinnon, la "desestructuración" no tiene orígenes históricos distintos a los de la protección arancelaria y a la intervención estatal en la economía, como si el Estado fuera algo extraño y no una expresión de la relación entre las clases de una determinada formación social. Aquí se ataca la presunta fragmentación que indujo una política burguesa relativamente progresista contra la reacción terrateniente y la expoliación de los capitales extranjeros, y se defiende la política que proviene de las clases dominantes de los viejos modos de producción. Esto es muy evidente en las formulaciones agrarias de Chicago (Schultz), que recomiendan altos precios agrícolas como panacea para resolver el problema agrario y atacan cualquier intervención que tenga que ver con cambios en la tenencia de la tierra o transformaciones en las relaciones de trabajo. De hecho, la fragmentación puede provenir de otras fuentes, como la recreación de formas de producción mercantil simple que resulta de que la acumulación de capital sólo absorbe parcialmente la población expulsada de los modos de producción precapitalistas y éstas forman una esfera bastante integrada a la producción fabril, aunque con salarios distintos. El freno sobre la acumulación de capital puede tener varias fuentes y no tan sólo la intervención estatal en la economía; basta sólo citar una crisis mundial del capital, términos de intercambio desfavorables, una crisis política interna, una agricultura atrasada, etc. Por el contrario, contra el dogma monetarista se puede decir que la intervención estatal en la economía en América Latina aceleró la acumulación de capital durante un largo período de tiempo.

Empero, lo peor que le puede ocurrir a la economía subdesarrollada, según McKinnon, es la intervención estatal

en el sistema de crédito que impide, según él, el desarrollo de un verdadero mercado de capitales que sería el único instrumento "racional" para asignar la inversión según las verdaderas ventajas con que cuenta esta economía. Sólo la bolsa de valores y sus mercados de capital prestable (bonos, letras, etc.) pueden expresar las *verdaderas* señales de la tasa de ganancias y la tasa de interés que conducirán a la expansión de las actividades más rentables, en términos medidos por el mercado mundial y el capital internacional. La economía sería guiada, entonces, por lo que Keynes alguna vez llamó capital especulativo en el teatro de un verdadero casino. Al mismo tiempo, las altas tasas de interés harían que los ahorros de esta economía fueran suficientes para sustentar una alta tasa de inversión.

### III

A pesar de Shaw y McKinnon, la intervención estatal en América Latina, como en todo el mundo capitalista, es un reflejo dinámico de los intereses burgueses y la lucha de clases, así como también de la lucha entre distintas burguesías nacionales. La protección arancelaria y la moratoria de la deuda externa, el control sobre las llegadas y salidas de capital foráneo durante los años treinta, fueron resultados del colapso del mercado mundial y la interrupción de los circuitos internacionales del capital. La intervención estatal, a veces favoreciendo a los trabajadores y a las masas populares, tuvo como objetivos fundamentales proteger las condiciones de apropiación de ganancias de los burgueses locales y frenar democráticamente el movimiento de los oprimidos. Estas conquistas democráticas de las masas son las que en particular molestan a los teóricos del capitalismo salvaje.

Es cierto, sin embargo, que ya durante los años sesenta la protección, como política para acelerar la acumulación de capital, comenzó a agotarse; más aún en la medida en que la ola de prosperidad mundial y la mayor internacionalización del capital iban generando una nueva división internacional del trabajo, que podían aprovechar las burguesías relativamente más desarrolladas y que explotaban más despiadadamente a sus respectivos proletariados (Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong, Brasil, etc.). Aquellas economías cuya capacidad para importar dependiera exclusivamente de materias primas debilitaban su acumulación, sobre todo en la medida en que padecían términos de intercambio desfavorables. El cambio *político* necesario para adaptarse a la nueva situación internacional implicaba un realineamiento de fuerzas y la derrota, a veces muy sangrienta, del movimiento democrático, para abrir la economía al capital internacional y a la competencia mundial, manteniendo al mismo tiempo una superexplotación del trabajo y aumentos espectaculares en su productividad. Las condiciones económicas para que este cambio ocurriera fueron creadas en muchos países también por el capital internacional, que comenzó a imponer la competencia de los trabajadores de los países semicoloniales y dependientes contra los altos salarios de los obreros de los países capitalistas avanzados. Dado que esta nueva situación beneficiaba a las burguesías de los países capitalistas atrasados, pues compartían crecientes mercados externos e internos, la alianza colaboracionista de clase, que verdaderamente nunca había funcionado bien en América Latina, se derrumbó enteramente. De aquí en adelante, como en todo el mundo capitalista, la intervención estatal se deseconomizó, para en verdad politizarse (Altwater).

Con todo, la intervención económica del Estado en los casos más exitosos de desarrollo capitalista en América Latina, Brasil y México, ambos manteniendo en línea a sus respectivas clases obreras y el primero rebajando drásticamente los salarios, hizo posible que la inversión extranjera beneficiara en alguna medida a los capitalistas locales, ya fuera mediante la participación en el capital accionario de las nuevas empresas, la asociación con el Estado para garantizar contratos para las empresas de la burguesía "nacional", además de la presión para que las transnacionales exportaran mercancías (Ferrer). Esta intervención estatal no causó, ni mucho menos, "ineficiencia" industrial, pero sí contribuyó a regular el reparto de la plusvalía entre capitalistas locales y extranjeros. Por lo demás, tan sólo después de un considerable avance de las fuerzas productivas industriales bajo protección arancelaria y con garantías especiales para la ganancia ofrecidas por el Estado o, mejor dicho, por los contribuyentes en general, las industrias de estos países contaron con una base material suficiente para aprovechar economías de escala, tener cierta capacidad competitiva internacional y expandir sus exportaciones manufactureras.

#### IV

La desestatización propuesta por los monetaristas a las burguesías nacionales débiles produciría, en definitiva, el reino de la libertad para la injerencia de las agencias imperialistas en los asuntos internos de los países en cuestión; permitiría ventajas irrestrictas para los capitales extranjeros, en su competencia contra capitales locales; se regalarían los recursos naturales no renovables y se dejaría a la economía desarmada frente a crisis económicas y políticas de carácter internacional. Peor aún, según estas propuestas, las burguesías locales deben prescindir hasta de su propia política monetaria. De acuerdo con el arzobispo del credo monetarista: "la vía más segura para impedir que se utilice la inflación como método deliberado de tributación es unificar la moneda de un país con la de algún otro. . . En tal caso, el país en cuestión no tendría una política monetaria propia. Lo que haría, en cierta forma, sería como atar su política monetaria a la cometa de la política monetaria de otro país, preferiblemente más desarrollado, más grande y relativamente estable" (Friedman).

El sesgo inflacionario en los países atrasados es visto por Friedman no como un resultado de contradicciones políticas y económicas sino como producto de la estupidez e incompetencia de sus autoridades, todo lo cual podría ser superado tan sólo si éstas rescindieran su soberanía sobre la oferta de medios de pago y ésta proviniera de un país imperialista. No se sabe bien si las recientes tasas de inflación en Estados Unidos se curarían si este país atara su oferta de medios de pago, digamos, a la de Alemania Federal. Lo que es indudable es que ha extraído un enorme impuesto en recursos reales del resto del mundo, generando sobrelíquidez e inflación.

En términos ideales, para los monetaristas las economías abiertas de los países de mano de obra muy barata, con clases dominantes débiles frente al capital internacional, le permitirían a éste explotar a su favor y en sus propios términos las ventajas comparativas locales. En la realidad, sin embargo, las burguesías de la mayor parte de los países de rápida industrialización de Asia y de América Latina han

utilizado su poder estatal para arbitrar y distribuir beneficios, en forma "justa", entre bandidos extranjeros y locales. Es perceptible que, en la mayoría de estos países, el proceso de centralización de capital y la onda larga de acumulación han contribuido a desarrollar una fuerte burguesía financiera *nacional*, como coaliciones de capital industrial y bancario y, además, estrechamente asociada con capitales internacionales. Las tendencias centralizadoras del capital son peculiarmente rápidas en los casos de los países del Cono Sur, Brasil y Colombia, donde estos grupos financieros se han tragado capitales más pequeños y menos eficientes (Rimez).

El muy renovado credo monetarista afirma que la represión financiera y la protección deforman todos los precios de los "factores de la producción". Los precios "correctos" se derivan de la peculiar definición monetarista o neoclásica del equilibrio y la eficiencia. Los precios de equilibrio sano vendrían dados por aquellos que agotan los mercados mundiales. La eficiencia sería definida como la mejor práctica mundial y el precio de producción más bajo, también en términos internacionales. El movimiento de los mercados será más eficiente en cuanto exista un mayor número de especuladores, que Friedman en particular considera como los elementos más productivos de la economía. Es así como en el mercado de capitales el especulativo internacional y los rentistas locales tendrán todas las ventajas a su favor.

En América Latina, en particular durante los años sesenta y bajo políticas monetarias estructuralistas, la inflación era pagada en parte por los exportadores tradicionales y los rentistas (terratenientes, casatenientes, clases medias ahorrativas), mientras que trabajadores y capitalistas industriales se defendían. Hoy en día los exportadores (tradicionales e industriales), rentistas y bancos, incluyendo a la banca central, obtienen ganancias extraordinarias la mayor parte del tiempo.

Los precios ideales de los "factores" de la producción se justificarían según el siguiente razonamiento neoclásico: el trabajo (no la capacidad de trabajo) es sobreambiente y, aun si no lo es (como en Argentina), está ganando más de lo que produce, porque existen tasas extra-económicas, como sindicatos, representación política "excesiva"; así, los salarios deben reducirse, mientras que al mismo tiempo el capital es escaso o no gana lo que verdaderamente produce (?), de tal manera que las ganancias deben ser exorbitantemente altas. Obviamente, las tasas políticas deben ser drásticamente eliminadas.

De acuerdo con esta teoría, con la sola apertura internacional de la economía los precios se tornan verdaderos, la tecnología utilizada será intensiva en trabajo, la demanda externa de productos intensivos en el factor abundante y más barato sería infinita y el pleno empleo en esta economía se obtendría rápidamente (McKinnon). Pero si los precios están deformados porque existe protección, los trabajadores se asocian para defenderse de la sobre-explotación capitalista y el Estado interviene económicamente en la producción y el mercado de crédito, entonces los salarios son demasiado altos, las ganancias muy bajas y la tasa de interés se vuelve negativa. En esta situación, la economía es sorda frente a las señales de precios que vienen del mercado mundial, importa más de lo que puede y exporta menos de su "verdadero" potencial, en tal forma que se produce un desequilibrio acumulativo en la balanza de pagos. Al mismo tiempo, la

tecnología utilizada es intensiva en capital fijo (se ahorra trabajo porque éste es artificialmente caro), todo se produce ineficientemente a precios muy altos, la utilización de capacidad instalada es baja, la inversión se reduce y se genera un creciente desempleo.

Quiérase o no, los monetaristas tienen varios puntos a su favor, si miramos sus proposiciones desde una objetiva óptica materialista. Si el grado de explotación de la capacidad de trabajo aumenta mediante la reducción de los salarios individuales y sociales, la rentabilidad del capital tendrá mejores condiciones para elevarse y restaurar la acumulación. La reorganización de la producción por medio de la liquidación del capital menos eficiente y menos rentable, de la centralización de capitales antes atomizados, y sin disfrutar economías de escala, contribuiría tanto a abaratar en general el capital como a elevar su rotación. Es también cierto que si la tasa de cambios subsidia a los importadores, el capital se rehusará a exportar y la presión sobre las importaciones empezará a acumularse. Al contrario, si las tasas de cambio son tales que la actividad exportadora se vuelve muy rentable, las condiciones para el aumento del comercio internacional de esta economía serán mejores, pero aún así la composición de las exportaciones dependerá del acervo de capital existente, de la competencia internacional (no sólo en términos de precios, sino también en calidad del producto, diseño, plazos de entrega, redes de distribución y servicios dentro de los países a los que se exporta, crédito a los compradores) y de las políticas comerciales de los países con que se comercie. En consecuencia es muy posible que esta economía no encuentre una expansión ilimitada de la demanda de sus exportaciones, en tanto que existe no sólo competencia internacional sino toda una serie de elementos políticos que favorecen o frenan el intercambio de las naciones.

La afirmación de que los precios "correctos" de los factores de producción conducen a una utilización ideal de tales factores es demagógica, pues el aumento de la competencia internacional forzaría un mayor grado de mecanización en la economía, aunque su especialización sea más o menos intensiva en mano de obra.

Una situación de pleno empleo dependerá más, entonces, de toda la dinámica entre acumulación y población. Y si bien la tasa de acumulación puede aumentar si las condiciones de comercio internacional son favorables, el cambio técnico neutralizará en parte el efecto en el empleo.

Las perspectivas de salir bien librado en la competencia internacional para los países como Chile, Argentina y Uruguay, que antes no podían competir contra las ventajas absolutas de los países capitalistas avanzados, son ahora más oscuras, desde que tienen que competir contra la industria de países que a la vez son de alta productividad y bajos salarios, como Taiwán, Corea del Sur, Hong Kong y, más cerca, Brasil.

## V

El libre comercio beneficia más a aquellos países que cuentan con una acumulación de capital más dinámica, mayor productividad y una competitividad que les permite obtener excedentes en sus balanzas de pago (Shaik). El superávit mismo impulsa la acumulación de capital, provee liquidez adicional a la economía, induce renovación de planta, conduce a aún mayores incrementos en la productividad del

trabajo, hace aún más competitivas las exportaciones y así sucesivamente. Por el contrario, las economías caracterizadas por el estancamiento, viejos acervos de capital y por altos costos unitarios de producción, en las condiciones del libre cambio sufren déficit crecientes en sus balanzas de pagos, que hacen necesario inducir el receso en la actividad productiva, paralizar la inversión, hacer más difícil la renovación de planta, todo lo cual conduce a pérdidas de productividad y así sucesivamente (Kaldor).

Las historias de las economías capitalistas exitosas de América Latina, Brasil, México y en parte Colombia, prueban que la dinámica de acumulación, obtenida en condiciones "deformantes" de protección, dio lugar a una buena capacidad competitiva en el mercado mundial, cuando el comercio internacional empezó a ser liberalizado, mientras que las economías del Cono Sur, cuando tuvieron protección, registraron un comportamiento pobre y tampoco han sido exitosas, hasta el momento, con libre comercio. En la mayor parte de los casos, en las altas y prolongadas tasas de acumulación de los países semi-industrializados, los ingredientes básicos parecen tener un suficiente grado de explotación de los trabajadores —por medio de aumentos de la productividad del trabajo que se apropia el capital y una baja de los salarios reales— combinado con un alto grado de inversión y de utilización de la planta instalada, que generalmente se alcanza gracias a la dinámica creada por los mercados externos y la expansión no despreciable del mercado interior.

## VI

El concepto monetarista de eficiencia implica que la productividad del trabajo se aísla del proceso productivo, del acervo de capital existente, de la historia económica y del desarrollo de las fuerzas productivas sociales. La tal eficiencia se deriva arbitrariamente de la división social del trabajo impuesta por el capital en escala internacional y no por el capital en el ámbito interno. De este modo, la transición de un nivel de división social del trabajo al otro requiere de la interrupción, y en parte destrucción, de la antigua división interna del trabajo. Ello conduce a pérdidas de economías de escala, al cierre de procesos complejos de trabajo —haciendo redundantes a muchos trabajadores calificados— y a una creciente ineficiencia social, presuntamente hasta que el capital que no se ajusta a la división internacional del trabajo sea destruido y entren a operar nuevas actividades y ramas que encuentran mercados externos (Ferrer). Aun así, hablando en términos estructurales, el aumento descomunal del grado de explotación puede contribuir a hacer muy rentable toda una serie de actividades dirigidas al mercado interior, en particular del consumo de las capas que se apropian las pérdidas de los ingresos de los trabajadores. De este modo, la apertura de los mercados externos no es condición exclusiva, aunque sí necesaria para la continuidad de la acumulación de capital en el país en cuestión. Es quizás hasta paradójico que, para destruir lo que los monetaristas tildan como "capital ineficiente", sea necesario tener una fuente de rentas de exportación suficientemente amplia para asegurar la presencia de las importaciones que remplazarían a la producción local. Si estas exportaciones no son suficientemente grandes, el proceso de sustitución de industrias locales ineficientes podría requerir un lapso mucho más largo. Sin embargo, en el corto y mediano plazos, las importaciones que antes se hacían de bienes intermedios y de capital fijo para alimentar

a este tipo de industrias se convierten, no en insumos para ellas, sino en bienes finales terminados que compiten contra ellas.

## VII

Ya en condiciones de libre cambio, los monetaristas aconsejan que es preciso "desreprimir" al sector financiero, liberando las tasas de interés. Mientras más altas sean las tasas de interés, mayor debe ser el coeficiente de ahorro de esta economía y mayor también la tasa de inversión, lo cual es ciertamente absurdo. El efecto buscado es que el capital en las industrias ineficientes fluya hacia las industrias exportadoras eficientes (McKinnon). Si bien es cierto que altas tasas de interés pueden conducir a una expansión de los ahorros institucionales de las clases medias (y disminuir su consumo), la verdadera y más importante fuente del interés es la plusvalía. Así que ésta tiene que extraerse de los trabajadores, quienes son los que en verdad "ahorran" con reducciones salariales que les imponen las dictaduras políticas de turno, para que así los capitalistas puedan disponer de mayores "ahorros" de capital variable. Si esto no sucede, la distribución de la plusvalía entre la ganancia y el interés sería un juego en el que lo que uno ganara lo perdería el otro; o sea, que las altas tasas de interés implicarían reducciones de la tasa de ganancias y esto debería repercutir con mucha fuerza sobre la futura inversión. En condiciones recesivas inducidas por un rígido control sobre la expansión de los medios de pago, aumento de la competencia extranjera, pérdida de producto y menor utilización de planta instalada, será muy difícil que el capital se "transfiera" de las ramas ineficientes a las eficientes, como lo afirma alegremente McKinnon; más bien, será destruido en gran medida como capital: la maquinaria es de utilización específica y se volverá chatarra en su mayor parte, los obreros irán a la calle, los inventarios se venderán por debajo de su costo de producción, etcétera.

Como se ha visto con los regímenes dictatoriales del Cono Sur, la destrucción de parte del capital que opera localmente, la venta (¿regalo?) de empresas públicas y la iliquidez y quiebra en que caen muchas empresas, conducen al abaratamiento del capital y a una mayor centralización en la economía. Este es quizá uno de los mayores logros que pueden exhibir los monetaristas, pero esto no lo aceptan ellos porque va contra sus principios básicos sobre la santidad de la competencia, la pureza del capitalismo, etc. Sin embargo, de hecho, la mayor centralización del capital, el fortalecimiento de una burguesía financiera nacional compuesta por unos cuatro o cinco grupos (pulpos que combinan un banco y muchas más empresas industriales, de servicios, bienes raíces, etc.) pueden conducir a una reorganización radical de la administración de muchas empresas, antes dispersas y controladas familiarmente, que engrosan un emporio que utiliza las últimas técnicas de control burocrático y contable, la maquinaria más moderna y la organización misma del trabajo productivo. Al mismo tiempo, la derrota del movimiento obrero y popular les permite a los patronos reestructurar el proceso de trabajo en el taller, aumentar endiabladamente la velocidad de las máquinas y de la línea de producción, de tal manera que la productividad ciertamente aumenta, aunque se tulla a una parte significativa de la fuerza de trabajo disponible. En estas nuevas condiciones de sobreexplotación y centralización del capital, la "efi-

ciencia" sería ciertamente magnificada y con costos salariales ínfimos; tales empresas podrían quizá competir contra las importaciones en algunas ramas y abrir mercados de exportación nuevos, si es que las condiciones liberales de comercio se pueden consolidar dentro de una economía mundial en crisis prolongada.

## VIII

La importancia que tiene el control cuantitativo de los medios de pagos, en comparación con el control del precio de los mismos (la tasa de interés que contribuye a fijar el gobierno) para frenar la inflación galopante, se puede discernir en cierta medida si se compara la experiencia chilena (Foxley) con la argentina. La primera sigue las enseñanzas de Friedman para controlar brutalmente la oferta monetaria, aunque el choque haya reducido la producción y el empleo en más de una quinta parte en el transcurso de un año, mientras que la segunda sigue una orientación más pragmática, al estilo de Stanford, que le da menos importancia a la cantidad de dinero (Martínez de Hoz, ministro de Economía de la Junta militar, diría que la oferta monetaria era una variable pasiva en la inflación), lo cual hace que la contracción económica sea mucho menor y venga más bien por el lado del aumento del grado de penetración de las importaciones en el mercado interno (McKinnon), aunque también, en comparación con Chile, la transición hacia el desmonte de la protección arancelaria sea mucho más lenta.

En todo caso, la experiencia común parece ser la de que altísimas tasas de interés conducen a que el ahorro sea mayor que las necesidades de inversión y de financiar capital de trabajo, lo cual genera efectos perversos en el sistema bancario, que coloca préstamos con cada vez menos garantías.<sup>4</sup> En la medida en que la recesión se profundiza, las quiebras y moratorias se multiplican y la banca central tiene que salir al rescate de las instituciones financieras para mantener el flujo de intereses y pagar el principal, en su caso, a los "ahorradores". Como estamos en una economía muy abierta, las tasas de interés excesivas atraen capital especulativo internacional de corto plazo, "moneda caliente" para explotar esta situación "artificial", mientras que el gran capital financiero nacional se endeuda en el extranjero o intermedia esos préstamos para colocarlos con las tasas de interés nacionales. Esto, a su vez, contribuye a que se produzca un creciente superávit cambiario, más aún durante el período de transición, ya que la recesión significa una disminución de las importaciones productivas y una mayor capacidad de exportación. Por tanto, las fuentes del superávit cambiario vienen de un gran flujo de capital internacional de corto plazo, un mayor endeudamiento externo privado y una balanza comercial positiva. El superávit creciente se expresa también en la expansión de los medios de pago, que puede tener también un efecto infla-

4. Estos nuevos desequilibrios se han producido en los cuatro países latinoamericanos que han adoptado expresamente políticas monetaristas: Chile, Argentina, Uruguay y Colombia. Para Argentina, la situación ha sido crítica, con varias quiebras de intermediarios financieros que recogían capitales en los mercados de Nueva York. Véase *Latin American Weekly Review*, números de mayo de 1980. Chile ha estado cambiando de curso después de graves desequilibrios e intenta igualar las tasas internas de interés con las internacionales. Colombia ha tenido que reevaluar durante 1978 y 1979 en términos reales, por la gran afluencia de divisas que viene por exportaciones de *cannabis* y por los inlujos de dinero caliente (Fedesarrollo).

cionario fuerte si el gobierno continúa devaluando, aunque si devalúa en "exceso" se encontrará con una fuga de capital de corto plazo. Esta es una situación prácticamente inversa a la caracterizada en la literatura de la "doble brecha" (déficit de ahorro interno y de divisas); aunque quizá no tan inflacionaria como solía ser esta vieja situación, si es suficientemente volátil para hacer difícil el control de la inflación, algo en lo que los monetaristas se precian de ser expertos.

Peor aún, en estas circunstancias la situación es muy contradictoria, ya que las políticas monetarias neutralizan las políticas de promoción de comercio exterior. En efecto, si se quiere generar menos medios de pago por el superávit externo, es necesario reevaluar. Sin embargo, en tal caso la rentabilidad del capital exportador se verá disminuida y, al mismo tiempo, la revaluación podría atraer aún más capital especulativo internacional, sobre todo si las tasas de interés internas no bajan suficientemente. Si, por el contrario, se quiere mejorar la situación competitiva de las exportaciones, se deberá continuar devaluando y esto a su vez podrá generar una mayor presión inflacionaria y contribuir a que el dinero caliente salga corriendo del país, a menos que las tasas de interés se hagan todavía más altas. En todos los casos, las altas tasas de interés son vistas por las empresas como altos costos financieros que sólo podrán recuperarse mediante alzas de precios. En todos los casos también, el gobierno se verá presionado a recortar su propio gasto para permitir el crecimiento de los medios de pago por el superávit cambiario, lo cual significa que hay una transferencia de recursos reales hacia los bolsillos de especuladores nacionales y extranjeros. Por lo general, antes de que el gobierno aumente los impuestos sobre las ganancias, algo que es particularmente rechazado por los monetaristas, debe financiar el gasto con préstamos del mercado de capitales, o sea haciendo trepar aún más la tasa de interés y, en todos los casos, debe procurar al máximo contraer su propio gasto.

La racionalidad de esta irracionalidad puede quizá justificarse dentro del proceso de restructuración de la economía que tienen en mente los monetaristas: tan sólo aquel capital que pueda resistir la competencia mundial y pueda pagar a los rentistas tasas de interés extremadamente altas será elegido para entrar en el reino de los eficientes.

## IX

¿Es esta estrategia para reestructurar el capitalismo en América Latina verdaderamente viable? ¿Puede tener éxito? ¿Tenían más opciones estas economías por la vía de una acumulación protegida y con cierto grado de libertades de sus trabajadores? Aunque ha sido augurado repetidas veces que las economías de Uruguay, Chile y Argentina estaban al borde del derrumbe, se han recuperado relativamente de la profunda crisis política y económica que causó el aplastamiento de los movimientos populares que amenazaban o le quitaban estabilidad a la acumulación de capital, aunque tampoco han vivido ningún "milagro" para sus capitalistas. El hecho de que toda la economía mundial capitalista esté en medio de una profunda crisis, al parecer de larga duración, confunde el problema, ya que es difícil discernir cuáles son los efectos específicos que se derivan de las nuevas políticas económicas. Aun así, nosotros analizamos las condiciones estructurales para el desarrollo de largo plazo del capital y sólo considerando los cambios en los elementos

de esta estructura es posible explicar la viabilidad, o falta de ella, de este capitalismo bárbaro.

Antes que nada, como se ha visto, se debe admitir que el grado de explotación de las fuerzas de trabajo ha aumentado en grado sumo, como resultado de la derrota del movimiento obrero por el capital nacional e internacional. Reducir los salarios reales cuantiosamente, acelerar la línea de producción, aumentar la jornada anual de trabajo, reducir las contribuciones patronales para el seguro social, rebajar los impuestos sobre las ganancias, aumentar los impuestos indirectos, sesgar el gasto público para que favorezca al capital y desfalcar a los pensionados que han entregado ya toda su pelleja al capital, son pasos cuyo resultado es redistribuir abrumadoramente el producto nacional en favor de los patrones: aumenta la plusvalía y, por ello, la base de la ganancia, la renta del suelo y el interés. En estas circunstancias uno debería sorprenderse sólo si el capital no obtuviera una rentabilidad suficientemente alta. Empero, aun así sucede que el capital pierde una parte considerable de esta nueva fuente de plusvalía por dos razones fundamentales:

1) Utiliza la capacidad instalada sólo parcialmente, como resultado del aumento de la competencia externa y de las medidas recesivas que imponen las dictaduras.

2) Tiene que compartir esta plusvalía con el capital rentista, bancario y especulativo en la forma de altas tasas de interés. Por tanto, el gran potencial presente en estas economías para apropiarse más plusvalía es neutralizado, por lo menos en parte, por estos elementos recesivos, particularmente en el período de transición en el que se pretende estrangular la inflación galopante, que es el pasaje del capital por el purgatorio para liberarse de las taras democráticas que bloqueaban su engrandecimiento.

En segundo término, una vez que el capital se ha reorganizado, centralizado y una parte considerable de él, la menos productiva de plusvalía, efectivamente destruida, la contabilización de la capacidad instalada se basará en el equipo más nuevo y eficiente, en empresas mucho más grandes que antes y, por ende, la tasa de ganancias tenderá a recuperarse.

La clave de la recuperación del capital está obviamente contenida en el aumento de la inversión productiva, que será responsable de la expansión de la demanda agregada y de un ciclo ascendente de la acumulación. Esta, a su vez, depende de dos amplias gamas de factores: a) los nuevos mercados de exportación deben ser encontrados por las burguesías de estos países, lo cual no será fácil hasta que el comercio mundial capitalista comience a expandirse nuevamente, y b) los mecanismos sociales del terror tendrán que aflojarse necesariamente, ya que crean, por un lado, la resistencia pasiva y el sabotaje de los trabajadores y, por otro, la arbitrariedad con que se decide la suerte de las varias fracciones de la clase dominante, la inseguridad que rodea hasta a los mismos agentes del capital, todo lo cual impide sentar condiciones estables de largo plazo para el desenvolvimiento de la inversión. Las prohibiciones expresas de las actividades de los partidos de las clases dominantes, la tortura indiscriminada, la corrupción y extorsión que las mismas fuerzas de seguridad aplican contra varios capitalistas, la ausencia de claras reglas del juego para las actividades de muchos capitales individuales, no contribuyen a crear una atmósfera de seguridad para los mismos inversionistas;

tampoco permiten garantizar mecanismos de continuidad de largo plazo. Es la presencia de una atmósfera de terror la que en parte explica la ausencia de inversiones nacionales y más aún internacionales en las economías del Cono Sur. El capitalismo no puede ser regulado por el aparato represivo que crea para defenderse contra los trabajadores y el pueblo. Su reglamentación debe basarse en alguna medida de consenso entre las clases dominantes y dominadas, que permitan expresar la hegemonía de una fracción de la clase dominante y su aceptación tácita por el resto que le permita ser un "acuerdo" de larga duración.

En tercer término, la contradicción entre el interés y la ganancia podrá ser regulada una vez que pase la fase de transición antinflacionaria y de centralización del capital. En tal caso, el tributo que le hace el capitalista "productivo" al rentista disminuiría, lo cual de por sí contribuiría a restaurar la rentabilidad del capital, aunque como ya se vio existen contradicciones inherentes a las políticas monetarias y las de producción y exportaciones, que en verdad son irresolubles.

Se podría quizás afirmar que durante la presente crisis capitalista todos los países del mundo se van a volver proteccionistas, como sucedió durante los años treinta. Empero, en la medida en que la crisis se desenvuelve y los países avanzados se hundan en la depresión y sus regímenes políticos defienden los intereses del capital internacionalizado, las bases para una continuación de un comercio más o menos libre continuarán existiendo por dos razones: a) el capital, en general, requiere que exista desempleo estructural en los países avanzados —lo cual le permite dominar a los sindicatos—, y por ello remite toda una serie de industrias hacia los países de bajos salarios, y b) porque al establecerse en todo el mundo, el capital encuentra más rentable el desarrollo de una división internacional del trabajo que una división nacional o aun regional del trabajo. La automatización y el libre comercio son las respuestas que la burguesía mundial da a las demandas de los trabajadores por mejores condiciones de vida; es decir, desempleo y más desempleo. En todo caso, éste no es un asunto resuelto; la solución dependerá de la confrontación de clases en los países avanzados: el capital internacional contra el capital nacional y los sindicatos.

En lo que toca a América Latina y a la suerte del régimen capitalista en el Cono Sur, el monetarismo abre ciertas posibilidades para restaurar las condiciones de largo plazo de la acumulación de capital que se venían cerrando en condiciones de protección y sobre todo de avances de las luchas democráticas y populares. Si bien es necesario que para que la acumulación se desate aceleradamente se dé una recuperación del comercio mundial, incluso en condiciones depresivas es posible concebir el hallazgo de nuevas especializaciones en la división mundial del trabajo o el desplazamiento de ciertos países de algunos mercados. De hecho, la mera apertura de las tres economías del Cono Sur está generando una nueva división regional del trabajo que beneficia en particular a Brasil, pero que también lo obliga a absorber mayores exportaciones de las economías sureñas (LAWR, junio de 1980).

Un retorno a la sustitución de importaciones para las tres economías del Cono Sur no proveería ninguna solución para su capitalismo enfermizo, menos aún en un contexto de crisis mundial, ya que tal vía no fue solución ni cuando el sistema capitalista mundial estaba en plena fase expansiva.

Es imprescindible señalar el hecho de que la principal causa de la crisis económica de los tres países del Cono Sur fue el avance del movimiento obrero y popular en ellos, al tiempo que se enfrentaban a una posición desfavorable en la división internacional del trabajo. El estancamiento y la inflación galopante fueron las expresiones más claras del giro que en ellos tomaba la lucha de clases. Algo similar, pero sin un avance comparable del movimiento popular, ocurrió en Brasil y en Colombia durante los años sesenta. Las economías sureñas llegaron a madurar y decaer en la medida en que sus dominados mostraban mayor fortaleza que sus explotadores. Por esto, el curso impuesto por sus dictaduras, de amputar llanamente grandes partes de su cuerpo social y de su estructura económica. Si esas economías renacen será por medio de la imposición de la miseria y la barbarie cotidiana de la reacción y el capital financiero sobre la población, aunque dirán que tan sólo restauran las libres fuerzas del mercado. Estas economías pueden que no vuelvan a ganar dinamismo en el futuro cercano, pero precisamente sus burguesías corrieron unos riesgos tan altos porque estaban enfrentadas al poder popular y éste amenaza la vida del capital. Esto sólo muestra que si el capital y la reacción no son derrotados, terminan siendo mortíferos para la población. □

## BIBLIOGRAFIA

- Altwater, Elmar, "Crisis económicas y planes de austeridad", en *Transición*, Barcelona, octubre de 1978.
- Fedesarrollo, *Coyuntura Económica*, Bogotá, diciembre de 1979.
- Ferrer, Aldo, "El retorno del liberalismo", *Desarrollo Económico*, núm. 72, Buenos Aires, enero-marzo de 1979.
- Foxley, Alejandro, *Inflación con recesión: Las experiencias de Brasil y Chile*, CIEPLAN, mimeo., Santiago de Chile, 1979.
- Friedman, Milton, *Money and Economic Development*, Praeger, Nueva York, 1973.
- Kaldor, Nicholas, "The Nemesis of Free Trade", en *Essays on Applied Economics*, vol. II, Duckworth Press, Inglaterra, 1978.
- Latin American Weekly Review (LAWR)*, varios números.
- Mandel, Ernst, *The Second Slump*, NLB, Londres, 1979.
- McKinnon, Ronald, *Capital y dinero en el crecimiento*, Celam, México, 1977.
- Oliveira Campos, Roberto, "Two Points of View on Inflation in Latin America", en Hirschman, Albert (editor), *Latin American Issues*, Nueva York, 1961.
- Pinto, Aníbal, "Falsos dilemas y opciones reales en el debate latinoamericano actual", *Revista de la Cepal*, semestre II, Santiago de Chile, 1978.
- Prieto, Helios, "Como Sur, la izquierda y las dictaduras", *El Viejo Topo extra*, núm. 9, Barcelona, 1980.
- Rimez, Marc, "Las experiencias de apertura externa y desprotección industrial en América Latina", *Economía de América Latina*, CIDE, semestre II, México, 1979.
- Shaik, Anwar, "Las leyes del desarrollo desigual", *Críticas de la Economía Política*, núm. 10, México, 1979.
- Shaw, Edward, *Financial Deepening in Economic Development*, Nueva York, 1973.
- Tavares, Maria Conceição, "La dinámica cíclica de la industrialización reciente del Brasil", *El Trimestre Económico*, México, febrero de 1980.